



manuel olimón nolasco

historiador

UMBRAL

UNA DESPEDIDA QUE HACE PENSAR

Pbro. Dr. Manuel Olimón Nolasco.

Recibí hace poco una carta vibrante que Gabriel García Márquez, el escritor colombiano insignia del “realismo mágico” latinoamericano dirigió a sus amigos al borde de su despedida de esta tierra, pues padece un cáncer linfático terminal.

Me llamó la atención que un escritor que parecía no tener límites en una narrativa tantas veces frívola e irreverente, pusiera a disposición de muchos líneas de reflexión sobre el tema de los temas: la vida misma, el correr del tiempo sobre parajes cálidos y fríos y el descuido e irreflexión con los que confiesa que lo dejó pasar. Me llamó la atención que alguien en este mundo que parece no detenerse a pensar el significado de lo que sucede, nos deje este testimonio de viejo sabio, a manera de personajes del Antiguo Testamento: la despedida de Isaac, la de Jacob, Job. Y leí la carta con agradecimiento.

Una sola vez tuve ocasión de encontrarme con García Márquez. Fue en enero de 1998 en La Habana, a la hora de la visita memorable de Juan Pablo II. Me dijo como en secreto: “—Yo escribí el discurso de saludo al Papa de Fidel Castro.” Me dije: “—Con razón fue bueno y breve.” Me acordé del adagio latino: “Bonum si breve bis bonum.” (“Lo bueno, si es breve, es dos veces bueno”).

Lo que he leído no sólo es breve y bueno: es profundo y creyente, sabio y esperanzado, a pesar de que refiere lo que hubiera querido hacer y no hizo, lo que debió pensar más y no pensó y el mal uso de trozos quizá grandes de su vida.

Dejo caer casi todas sus frases:

Comienza con el reconocimiento de su frágil pequeñez humana de cara a la grandeza bondadosa de Dios: “Si por un instante Dios se olvidara de que soy una marioneta de trapo y me regalara un trozo de vida, aprovecharía ese tiempo lo más que pudiera. Posiblemente no diría todo lo que pienso, pero en definitiva pensaría todo lo que digo. Daría valor a las cosas no por lo que valen sino por lo que significan.”

Transita enseguida por lo que ha aprendido en múltiples caminos y sobre todo en los encuentros con los demás, a veces no tomados en cuenta: “Si Dios me obsequiara un trozo de vida, vestiría sencillo, me tiraría de bruces al sol dejando al descubierto no solamente mi cuerpo sino mi alma. A un niño le daría alas, pero le dejaría que él solo aprendiera a volar. A los viejos les enseñaría que la muerte no llega con la vejez, sino con el olvido.

He aprendido que todo el mundo quiere vivir en la cima de la montaña, sin saber que la verdadera felicidad está en la forma de subir la escarpada. He aprendido que un hombre sólo tiene derecho a mirar a otro hacia abajo, cuando ha de ayudarlo a levantarse.”

Y voltea la vista a los límites de la existencia y la profundidad de lo que significan e insinúa que deberíamos vivir teniéndolos presentes y no dejar pasar las oportunidades. Parece que escuchamos a Tomás de Kempis: “Trata de decir siempre lo que sientes y haz siempre lo que piensas en lo más profundo de tu corazón. Si supiera que estos son los últimos minutos que te veo, te diría ‘te quiero’ y no asumiría, tontamente, que ya lo sabes. La vida nos da siempre la oportunidad para hacer las cosas bien, pero por si me equivoco y hoy es todo lo que nos queda, me gustaría decirte cuánto te quiero, que nunca te olvidaré.

El mañana no le está asegurado a nadie, joven o viejo: si mañana nunca llega, seguramente lamentarás el día que no tomaste tiempo para una sonrisa, un abrazo, un beso y que estuviste muy ocupado para concederles un último deseo.

Mantén a los que amas cerca de ti; diles al oído lo mucho que los necesitas; quiérelos y trátalos bien; toma tiempo para decirles ‘lo siento’, ‘perdóname’, ‘por favor’, ‘gracias’ y todas las palabras de amor que conoces. Demuestra a tus amigos y seres queridos cuánto te importan.”

Al final de sus líneas, nos invita a ser lo que debemos ser como humanos: seres en comunicación e interrelación constante, prójimos, invitados a la comunión fecunda: “Nadie te recordará por tus nobles pensamientos secretos. Pide al Señor la fuerza y la sabiduría para expresarlos.”

Todavía no podemos rezar un “réquiem” por este peregrino de la vida. Su voz, no obstante, asemeja la del viejo libro hebreo: “Me encuentro lejos de la paz, he olvidado la dicha...Pero algo traigo a la memoria: Que el amor del Señor no se ha acabado, no se ha agotado su ternura. Mañana tras mañana se renueva.” (Lamentaciones 3, 17.26).

